



CHILINDRÓN Y EL GIGANTE

El muchacho se sentaba solo en la última mesa del aula. No hablaba con nadie; de su boca sólo salía sí, no, o aquí. No tenía nombre y el apellido era... En realidad nadie recuerda su apellido. Nadie sabía si era amigo o enemigo, triste o sonriente. Llegaba solo y solo se sentaba en su mesa. Y hasta la mesa se quedaba mustia cuando él se sentaba, justo en el momento en que el muchacho abría su cuaderno raído. Era el último de la fila. Era un tipo alto y fornido, enorme y muy fuerte. Las piernas le sobresalían de la mesa, y todo a su lado parecía pequeño, pequeño y desmañado. El muchacho cansaba las cosas con solo tocarlas. Con aquel corpachón... Si él quisiera sería un magnífico defensa central, de esos a quien no hay quien le tosa. Pero en los recreos paseaba solo por el patio, mirando al cielo o al suelo, como si él no estuviera allí o quizá andase por los cerros de Úbeda. Luego se sentaba en un banco a comer el bocadillo, mientras miraba el partido de fútbol.

Una mañana saltó del banco, levantó los brazos y gritó: "Gol". Chilindrón estaba contento, pues él fue el que metió la pelotita. Y se acercó al muchacho y se abrazaron. Al menos ya sabían algo el uno del otro. Desde entonces, algunos días hablaban entre clase y clase, o al salir camino de casa. Chilindrón le llamaba "Gigante" y entonces el muchacho le explicaba que iba a clase porque en casa le obligaban, pero lo que él hacía de verdad bien era nadar. Pasaba todas las tardes nadando en la piscina cubierta. El Gigante era campeón regional de 100 metros croll. Tenía hasta un entrenador y cuando cumpliera los catorce años se lo llevarían a un Centro de alto rendimiento. Eso de "alto" rendimiento le cuadraba muy bien a su compañero el Gigante. Gigante también leía muchos libros. Una vez le contó que los gigantes habían existido y que los griegos los llamaban cíclopes, que eran gigantes que tenían un solo ojo en medio de la frente. Eran pastores y dormían en cuevas muy oscuras con sus ovejas, que eran también gigantes. El rey Ulises dejó ciego a un ciclope al clavarle, mientras dormía, el tronco de un pino.

Esa noche Chilindrón soñó que estaba sentado en el banco de un parque. Era mediodía y no había nadie por los alrededores. Sólo se oían los aspersores de agua regando los rosales. Entonces llegó un gigante y se sentó a su lado. Ni siquiera se saludaron. Pero Chilindrón, de reojo, lo veía llorar en silencio. De su único ojo bajaba una lágrima negra del tamaño de un puño. Luego el ciclope se esfumó porque Chilindrón se había despertado.

Era un sueño muy triste. Por la ventana entraba una luz gris. Estaba lloviendo. Chilindrón se puso sus botas de goma para ir a clase. Gigante se le acercó en el recreo, pero Chilindrón no quería hablar con él. Gigante era un tipo raro, y él tenía la culpa de aquel mal sueño. Cogió el balón y corrió a jugar el partidillo. Era un día ventoso y frío. Con el ventarrón, el balón iba sin rumbo de acá para allá, y así no había manera de dar un buen paso. Para colmo, Gigante estaba sentado en el banco, mirándolo con cara de circunstancia. Al salir de clase, había llovido. Las calles estaban encharcadas y, como además había obras en el asfalto, los charcos eran aún más grandes. Daba gusto pisarlos con las botas de agua, hacer remolinos y chapotear. Pisar charcos es tarea agradable y muy útil, un gran avance para la humanidad y las

investigaciones hidráulicas. Pero Chilindrón no estaba a gusto; unos metros detrás Gigante lo seguía sin atreverse a acercarse. Gigante estaba muy triste, como el cíclope del parque de las lágrimas negras.

Esa noche Chilindrón volvió a soñar. Se levantó de noche, a oscuras, para ir al cuarto de baño a refrescarse la cara. Cuando encendió la luz, se miró en el espejo. En lugar de ojos, tenía unas telillas negras, húmedas de sudor y lágrimas. Le dolían horrores bajo la frente. En la boca tenía Chilindrón un único ojo de cíclope y con él se miraba en el espejo, lleno de espanto. Su madre llamaba a la puerta, alarmada porque el niño no se encontraba bien o quizá tenía fiebre.

-Niño, abre...

Pero Chilindrón no podía responderle. Ni siquiera podía hablar, porque si abría la boca, se le caería el ojo al suelo y se quedaría ciego para siempre. Tenía que elegir entre ser un cíclope ciego o un cíclope mudo. Tampoco podía abrir la puerta del cuarto de baño: ¿quién podría querer a un gigante deforme, a un monstruo? El cuarto de baño era cada vez más y más pequeño y el cada vez era más y más grande. Muy pronto no cabría en el cuarto. Su madre no dejaba de llamar, cada vez más fuerte. Iba a despertar a todo el mundo y él no quería que nadie lo viese así.

-Hijo, abre... Abre... Te dicho que abras.

Por fin la madre entró y le acarició la frente, como si él no fuera un monstruo aterrado.

-Pero ¿por qué no respondías, muchacho? ¿Para qué tienes la boca?

Chilindrón estaba en la cama. Había tenido la pesadilla más atroz de su vida. Hasta debió de gritar, porque su madre estaba sentada en la cama y le acariciaba la frente. Por la ventana entraba la luz del día, pero Chilindrón tardaba en llegar a él. La lluvia golpeaba contra los cristales de la ventana. Y hasta aquella luz churretosa y triste le pareció un milagro. Y un milagro aun mayor verlo con sus dos ojos enteros, limpios y en su sitio. Desayunó con un apetito extraordinario, se calzó las botas de agua y se fue a clase.

Cuando llegó, allí estaba Gigante, sentado solo en la última fila. Chilindrón lo miró con verdadero desprecio. Gigante era el culpable de aquellas pesadillas. Se fue a su sitio y saludó a camarón Ortega, chico y rubio, y vivo como unja ardilla. Se alegró de tenerlo como amigo. Al salir de clase, de vuelta a casa Chilindrón y Ortega iban pisando charcos con las botas de agua. Era a ver quién daba el salto más grande dentro de un charco. Las máquinas de las obras estaban paradas a causa de la lluvia. Y daba gusto ver aquello charcos grandes como lagunillas, con su olor a agua y barro. Gigante los seguía sin atreverse a hablarles.

-Dejemos que se chinche... ¡Tío raro!

Saltaban y saltaban por los charcos. Chilindrón saltaba más que nadie, con verdadera furia. Quería cansarse mucho para coger pronto el sueño y no tener pesadillas. Chilindrón dio un salto bien alto para pisar fuerte con los dos pies, pero al caer en el charco se sumergió en

él. No se le veía ni cabeza. Ortega no sabía qué podía ocurrir con su amigo. Era como si el charco se lo hubiera tragado. Pasaban los segundos y Chilindrón no sacaba la cabeza.

Gigante se acercó corriendo a grandes zancadas. Él sí parecía saber qué estaba pasando.

-Es la zanja...La zanja. El charco se ha formado sobre una zanja...

Gigante se echó al agua y se sumergió dos o tres veces buscando a tientas el cuerpo. Por fin sacó a Chilindrón cogido de los brazos. Estaba negro de barro y tosía y escupía el muy condenado. Gigante, Ortega y Chilindrón se abrazaron, contentos de estar vivos, contentos de ser tres, con barro y todo. Sí eran tres: Ortega, Gigante y Chilindrón. Y un solo abrazo. Y barro hasta en el pelo.

Imagen: <http://www.hdfondos.eu/imagen/212847/humor-lluvia-charco-bokeh-gotas-tormenta-b-w>

